

## W.P.ADAMS – LOS ESTADOS UNIDOS

### CAPÍTULO 6: LOS ESTADOS UNIDOS ENTRE LAS DOS GUERRAS, 1919-1941

Las dos guerras mundiales significaron para los Estados Unidos, como para la mayor parte de los países, rupturas bien definidas. A partir de la primera guerra mundial, la vida política y social estuvo dominada cada vez más por consideraciones económicas y este período se contempla generalmente como un ciclo económico completo. La profunda depresión posbélica fue seguida de una fase de prosperidad en la década de 1920. La sociedad americana de la década de 1920 fue la primera sociedad de consumo de masas, con todas sus virtudes y defectos, treinta años antes de que otros países alcanzaran este nivel. De hecho, la importancia del consumidor no fue manifiestamente mayor en la economía de aquella década de lo que había sido antes; durante largo tiempo los Estados Unidos habían disfrutado de alimentos baratos y de una mano de obra relativamente escasa, así como de un amplio mercado de consumo. La diferencia estribaba en que en la década de 1920 los principales productos de consumo en América eran los *mismos* que hoy. Los artículos de consumo «duros», utilizables durante varios años (por ejemplo, los aparatos de radio), eran producidos en abundancia y a bajo precio; la producción en gran escala se basaba en innovaciones tan fundamentales como la cadena de montaje. La demanda de un producto determinado, automóviles por ejemplo, fomentaba la demanda de productos complementarios, tales como neumáticos, residencias secundarias y albergues de carretera. Los niveles de venta se mantenían mediante la publicidad en los periódicos y en la radio, algo de por sí nuevo. El cine llevaba a los rincones más alejados del país una imagen estereotipada de la «buena vida». En aquella época ningún otro país, ni siquiera remotamente, alcanzó esta situación económica y los europeos miraban a los Estados Unidos con una mezcla de incredulidad, admiración y envidia.

Pero a partir de mediados de 1929 el país se sumió en un marasmo económico de una gravedad devastadora. La producción industrial descendió constantemente a lo largo de cuatro años y las quiebras y el paro crecieron proporcionalmente. El ritmo financiero se derrumbó y en todas partes los agricultores se arruinaron. En la primavera de 1933 millones de personas dependían de la caridad y hombres y mujeres morían de hambre en las calles de Nueva York. El proceso de recuperación fue lento y penoso y en modo alguno se había completado cuando el estallido de otra guerra mundial convirtió nuevamente a América en el «arsenal de la democracia». Esa amarga experiencia, tan próxima al descubrimiento de la «eterna prosperidad», provocó un profundo cambio en la sociedad americana, modificando en particular las relaciones entre el gobierno y la economía. En la década de 1920 parecía que el Estado y sus aparatos eran en gran medida superfluos. El producto nacional bruto crecía a un ritmo tal que se pensaba que el mero funcionamiento de la economía acabaría por resolver el viejo problema de la pobreza. Los progresistas (cap. 5, VII) dieron paso a un conservadurismo pagado de sí mismo que se conformaba con ser mero espectador de una escena en la que las compañías rivales se disputaban el dólar del consumidor. Esta fe elemental en la eficacia de la economía no pudo sobrevivir a la depresión, como tampoco sobrevivieron los valores individualistas, la idea de que los hombres únicamente podían prosperar en virtud de su esfuerzo personal. El New Deal no fue un éxito total, pero significó un profundo cambio histórico ya que, tras la depresión, no sólo el gobierno federal intervenía en prácticamente todos los aspectos de la vida americana —al igual que había ocurrido con los gobiernos europeos como consecuencia directa de la primera guerra mundial— sino que la mayor parte de la población esperaba que aquél garantizase su nivel de vida. Esto fue lo que intentó el gobierno desde entonces; y a partir de la segunda guerra mundial la política americana se convirtió en un forcejeo entre intereses contrapuestos para obtener la ayuda federal.

## I. LA VUELTA AL AISLACIONISMO

Al término de lo que entonces se llamó la «gran guerra», los Estados Unidos se habían convertido en la primera potencia económica y de haberse prolongado el conflicto habrían acabado siendo también la primera potencia militar. Pero como consecuencia de su fracasado intento de incorporar ciertos principios liberales, y en particular el derecho de las minorías nacionales, al tratado de Versalles, durante la década de 1920 los Estados Unidos dejaron de ejercer influencia alguna sobre los asuntos políticos internacionales. Dos razones explican esta actitud: el poder real de los Estados Unidos no era reconocido; cuando lo fue, la opinión pública americana optó por no ejercitarlo.

La preponderancia de los Estados Unidos era aún más evidente en el terreno económico. La economía americana se había desarrollado rápidamente bajo el estímulo de los altos precios de los productos alimenticios y de las materias primas; la producción industrial había aumentado en un 37 por 100. A corto plazo, el único daño que la guerra causó a la economía fue la virtual pérdida del comercio con Alemania y Austria, pero esta pérdida fue compensada con creces por las importantes compras efectuadas por Francia y, sobre todo, por Inglaterra durante el conflicto. Como los aliados habían consagrado sus respectivas economías a la producción de armamento no estaban en condiciones de pagar aquellos suministros con exportaciones, adquiriéndolos mediante la venta de valores europeos y americanos y la emisión de empréstitos en los Estados Unidos. Las deudas de guerra con los Estados Unidos se cifraban en 1918 en 7.000 millones de dólares, a los que se añadieron 3.300 millones destinados a la reconstrucción europea; aquel año América pasó de ser un país deudor a convertirse en el principal acreedor del mundo.

El hecho de que los Estados Unidos se convirtieran en país acreedor tendría efectos negativos sobre el comercio y las finanzas de la posguerra. Era de esperar que el conflicto europeo produjera una grave dislocación del comercio y que redujera sensiblemente la capacidad económica de gran número de países, pero sus consecuencias fueron mucho más profundas, de tal forma que la recuperación de las debilitadas economías europeas resultó extraordinariamente difícil. Durante el período bélico muchos países agrícolas de Europa y de otras partes comenzaron a instalar industrias, pero una vez terminada la guerra, los nuevos «países industriales» optaron por proteger los intereses de sus industrias nacionales, en lugar de volver a sus tradicionales suministradores aun cuando sus ofertas resultaran más baratas. Estas manifestaciones de nacionalismo económico cobraron particular fuerza en Europa oriental. El tratado de Versalles había dispuesto la creación de varios países nuevos y recíprocamente hostiles dentro del antiguo Imperio austro-húngaro, cuya característica distintiva era la «nacionalidad», es decir la «raza». Estas circunstancias hacían extraordinariamente difícil la reanudación de las relaciones comerciales tal como eran antes de la guerra. Europa necesitaba capital para salir de la grave situación económica y la única fuente posible era Estados Unidos. Aun cuando Gran Bretaña seguía disponiendo de crédito, ya no estaba en condiciones de efectuar las inversiones que durante los cincuenta años anteriores a la guerra habían financiado la economía mundial en un momento en el que sus mercados ultramarinos de carbón, algodón y construcciones navales estaban desapareciendo rápidamente. De este modo recayó sobre los Estados Unidos una considerable responsabilidad económica. Pero un importante obstáculo dificultaba la transferencia de la prosperidad americana a las agotadas economías europeas. La economía mundial del siglo XIX descansaba sobre el intercambio de productos agrícolas por productos industriales; de aquí que no pudiera subsistir si el principal país agrícola se convertía también en el principal país industrializado. Por añadidura, los Estados Unidos eran europeos en sus orígenes y, por tanto, también lo eran en los gustos de sus consumidores, y su clima era templado. En 1918 América podía producir bienes industriales y alimentos más baratos que los europeos, y más de lo que consumía su población. Prácticamente no había nada que los Estados Unidos tuvieran que importar, lo que significaba que los americanos acumulaban enormes cantidades de oro, con fatales consecuencias para Europa. Los países europeos, especialmente Alemania, dependieron cada vez más de los préstamos americanos a corto plazo, sujetos a devolución inmediata. Este fue el principal motivo de las constantes dificultades económicas del mundo en la década de 1920 y de la rapidez con que se extendió en

la de 1930 la recesión de los Estados Unidos a Europa, así como su gravedad.

Si los Estados Unidos tenían en sus manos los resortes de la prosperidad mundial, ¿pueden ser acusados de no haber asumido sus responsabilidades económicas? Manifiestamente no. En primer término porque en 1919 los problemas se hallaban disimulados por una etapa de prosperidad posbélica basada fundamentalmente en una demanda creciente de materias primas; y en segundo lugar porque el problema de las deudas de guerra se resolvería exigiendo reparaciones a Alemania; Alemania pagaría a Francia y a Inglaterra en divisas y con estas divisas dichos países podrían saldar sus deudas con los Estados Unidos. Ahora sabemos, por supuesto, que la prosperidad de la posguerra fue motivada por la dislocación de los transportes y no por una demanda real, y también que los alemanes incumplieron sus compromisos en materia de reparaciones. Pero todo ello no responde a la interrogante principal. A los Estados Unidos se les puede imputar retrospectivamente el desastre de la década de 1920; los europeos no se ponían de acuerdo sobre la naturaleza de sus problemas ni sobre su remedio, si es que existía. Ni siquiera el gobierno británico, que era el que mayor experiencia tenía en cuestiones económicas internacionales, interpretó correctamente la naturaleza de las dificultades económicas con que se enfrentaba el país. La responsabilidad de los Estados Unidos por su pasividad ante los problemas económicos de la década de 1920 sólo podría mantenerse si se demostrara: a) que los contemporáneos compartían nuestra obsesión actual por las cuestiones económicas; b) que aquellos problemas fueran previsibles en 1919, y c) que, en caso de serlo, existiera cierto acuerdo en Europa y América sobre su correcta solución.